

que andan por ahí, ya los sé; pero al *amo* no se le ha de conceder lo que quiere..... ¡no faltaba más que yo estuviera aquí *pintao* en la *puder*! Así viejo como me vea, todavía puedo defender á ésta, y mientras yo viva nada le ha de pasar; para eso me la encargó al morir su d'funtito padre que Dios tenga en el cielo. No hagan caso de *estas* es el mundo. ¡Ah! lo que yo he sufrido en esta pícara vida! Y qué? Ya me ven, si uno no se hace fuerte es *píor*. Ustedes no pierdan nunca la fe, que Nuestra Santísima Virgen los ha de proteger siempre que sean buenos y honraos. De esta criatura yo te respondo, Juan; es pura como esas amapolas que le traes, y muy hacendosa, eso sí; ya la ves, trabajando desde que amanece hasta que anochece. Ella barre, ella cose, ella guisa, ella les echa de comer á los animales, ella traga, ella todo; te llevas una perla. Nomás no te andes emborrachando, hombre, eso no está *güeno*..... esas son.....

—¡Padre, por Dios!

—Sí, mujer, sí, lo vuelvo á decir: las cosas se han de decir *pelón* y *rasgado*; al pan, pan, y al vino, vino. Esta llegó la otra noche *rele jalao* y eso no le ha de dejar ningún provecho. ¿Qué gana uno con andarse emborrachando? Nada! Nomás que la gente lo señale á uno con el dedo..... No me digas..... si yo también en mis tiempos *me las puse* y ni envidia te tengo, pero es bueno dejar la copa á tiempo, si no..... Ora ya me ves: sano á pesar de mis setenta y un años, y todavía le macháco al *fierro* y tengo *fuerzas pa* tumbarte una mula *rejega*. ¿Porqué? Porque me *safé* á tiempo, porque he *llevao* una vida ordenada como Dios manda. Con que..... oye bien los consejos que de buena fe te doy; mira que más sabe el diablo por viejo que por diablo, y el que no oye consejo no llega á viejo.

—Si ni siquiera olía, padre, nomás que ya sabes que de que se le mete *pingo*.....

Trataba de disculparle y entonces él respondió nob'amente arrepentido.

—No es cierto lo que dice *Patrocinia*, señor: yo deveras llegué *tomao* y le dije *quen* sabe cuántas cosas y ella me dijo... y yo le dije..... y nos *pelamos*! Mas yo le aseguro á su *güena* persona que es la primera y última, ¡por vida de mi santa madre!

—Así me cuadra verte, Juanillo. Ora, lo *pasao*, *pasao* y lo que fué, voló. Agarra pues la cochina, y dale las *amapolas* á Patrocinio: si las viejas siempre se han de salir con la suya....

El excelente viejo se entró á preparar la medicina que pensaba aplicarle al animal enfermo, y la guapa morena se aprovechó de aquel instante para coger el ramillete de *amapolas*, aspirarlas emitiendo un *phl* de satisfacción, y darle á Juan Ignacio un furtivo beso de reconciliación en la curtida frente, donde á él le agradaba que le besara.

Los zenzontles, gorjearon. El somnoliento gato se despezó bostezando.

—¡Cómo me has hecho sufrir, Juan!—dijo ella enarcando sus espesas cejas, frunciendo con un gracioso mohín sus labios y retorciendo con su hoyuelada diestra los botones de su bata.....

—Y tú también, ingrata: yo que soy tan hombre no he podido aguantar tu desprecio y se me han salido *las de San Pedro*.....

—Pero ya estás contentito!—agregó ella con voz *zafamera*.

—¡Jél! Y tú me lo preguntas,—contestó Juan Ignacio dándole un codazo.

—Tengo mucho, pero *requetemucho* que decirte,—cuchicheó meneándose como un nervioso pájaro y prendiéndose una rozagante amapola en su espléndida cabellera negra.

—Y yo también. ¿Quieres que venga á platicar despacito á la noche?

—No, Juanillo, mejor yo voy con Gertrudis á la huerta, esta tarde, ¿nos esperas?

—¡Esa sí! Pos no ves que cuando tú vas hasta parece que cantan más bonito los *cuillacochis*, y las rosas de Castilla *giielen* á puro cielo! Mira; si vas, te llevo á ver mi sembrao de *chicharos* y pensamientos; te pongo un columpio *pa* que te des *giielo* tú y Gertrudis; te tengo una olla de *jocoqui*, de ese *diatiro pecherón* que hace mi *máma* Ursula; te doy pan de *juera* con queso, y te tengo también *elotes* cocidos y una canasta de moras y duraznos; te *apeo* niditos de *giiilota*: hay *munchos*, *munchos*, entre los *huiscolotes*..... mira, y los *dianchis* de pajarillos cabezones y ojones abren tamaños picos.....

Y cosa de que de una vez arreglamos la boda.....

—Sí, pero ¡ay! no, pobrecitos; no los has de andar cogiendo. El señor Cura dice que es un pecado robarse los nidos.

—¡Adiós, dizque *pecao!* ¡*Giieno!* Si tú no *quieres* nides te cortaré un *chico sotupo* de betabeles *pa* que le hagas mañana que es día de San Juan, una ensalada á tu tío; *entén?*

—Sí, será mejor; cosa de que *siñá* Ursula me dice cómo se hace una *jalea* que te quiero dar de *cuelga*....

Al decir ésto se entristeció sin saber por qué, pero Juan Ignacio no se apercibió de ello y exclamó agradecido:

—¿Qué *giiena* eres, *Patrocinia!*

—Conque en eso quedamos, eh? —convino ella de nuevo alegre. Nos vas á esperar al recodo de la arboleda; ya sabes dónde; junto á la nopalera de la fuente donde me espiaste aquella tarde del mes de mayo y me diste un beso tan inesperado que hasta me hiciste tirar el cántaro del agua que se hizo pedacitos..... pedacitos.

—¡Ah, sí! ¿te acuerdas? ¡*Jé!* Y que tú me *dites* una

cachetada que todito se me hinchó el *cachete*. Hasta uoes pájaros que estaban en el fresno se asustaron. ¿*Quién* nos había de decir entonces, que nos habíamos de querer tanto?

—Deveras, no?

—¡*Giieno!* Ora déjame ir á agarrar la cochina.

—Mientras, yo voy á hacer el almuerzo. ¿Ya almorzaste?

—Y hartó!

Ambos amantes soltaron una inocente risotada, felices con amarse tanto y con haberse reconciliado, y en tanto que Patrocinio se entraba á la cocina que despedía un sabroso olor á sopa de legumbres y por cuya puerta salía una espesa humareda, Juan Ignacio lazaba á la puerca que chillaba agudamente como si la fuesen á matar. Las gallinas alargaban sus pesuezas con ojos azorados, y el tío Pablo salió entonces con su cacharro, una manta burda y un mugriento cuaderno donde él había escrito con letra engarabitada, enorme, torpe, que parecía tener cólico, sus recetas y observaciones acerca de las diversas enfermedades que aquejan á los animales domésticos.

—Ya estás listo, Juanillo?

Este forcejeaba con la escualida y porfiada hembra que seguía chillando de un modo insoportable.

—Sí, tío Pablo. ¡*¡ijo!* A esta marrana hay que ponerle un bozal *pa* que no muerda.

En efecto: fué preciso amordazarla.

—A ver, echa *pa ca* la *medecina* pues.

Pero el viejo veterinario, testarudo y orgulloso de su ciencia, (?) se empeñó en leerle antes su receta para los cerdos *encanijaos*. Juan Ignacio prestó oído atento, arrodillado sobre las costillas de la paciente que pujaba s ofe ca da, y el tío Pablo de pié cerca de él, chocheando, tra cu

sando su puro corriente, y calándose las antiparras, leyó la siguiente curiosísima fórmula:

“Cochinos.

Encanijamiento;

cuando un cochino ha tragao muchas cacas de gallina y plumas y está triste Y no come, i procura el Sol; Y se queja como un Cristiano inmediatamente, le da uno tres litros de Acivar con gujo de tres limones. lo aropa inmediatamente para que trasude: Y lo tiene uno tres dias con sus noches bien arobao a que no le de el aire. i si ni asi se alivia lla no tiene Remedio. pablo Calbillo.”

—¿Eh? qué te parece? *Rebuena*: si yo ya la tengo bien *experimentada*.

—Eh mire, *pos croque es giiena* Vamos á ver

Entre los dos la hicieron ingurgitar la amarga pócima; la arroparon perfectamente en el *sudadero* y la encerraron en la pocilga, sola, para que no la diera el aire. El infeliz animal sudaba, se vomitaba á torrentes y verdaderamente se quejaba “como un Cristiano.”

—¿Lo ves? Eso le hará provecho. ¡Si no me falla una! Lueg agregó:

—¿No quieres echar un *taco*? *Estarás cansao*

—No, *munchas gracias*; todavía tengo que ir hasta la huerta.

—Deveras, hombre, no te hagas del rogar: ya sabes que en nuestro jacal no hay cumplimientos.

—Deveras, deveras: Dios se lo pague. Ya almorcé *dende* que me vine. Luego, que mi *máma* me ha de estar esperando *pal riego*.

—¡Bueno! Anda pues; me la saludas; que digo yo que es mi señora, que qué hace, que como está; y que Dios Nuestro Señor te guarde y te acompañe.

—¡Adiós, *Patrocinia*! ¡Quedamos en lo dich ! ¿eh?

—Sí, Juan Ignacio, allá nos veremos; dispensa que no salga porque se me queman los frijoles, —gritó la muchacha desde el fondo de la cocina. ¡Que te vaya bien! Dile á *siñá* Ursula que por allá nos veremos á la tardecita.

—No dejes de ir. ¡Adiós pues!

—Sí, sí, hasta luego!

Juan Ignacio trepó ágilmente al vacío carromato, empuñó las riendas y haciendo chasquear su látigo, salió del corral rumbo á su lejana casa, silbando, con el corazón henchido de gozo después de tantos días amargos; pero cuando cruzó por las habitaciones de Carlos no pudo reprimir un gesto de amenaza, y algo angustioso le oprimió el corazón.

Su carromato desvencijado rodaba silenciosamente sobre la muelle hierba que brillaba al sol como un opulento tapiz de esmeraldas. Las ruedas chillaban dando tumbos en los hoyancos, la madera crujía y oía-se el acompasado tintineo del cencerro que una mula llevaba e lgando de la collera. Uno que otro rancharo, tirado á la bartola sobre la colina fresca, con la cara cubierta por el ancho sombrero, pacífico y feliz, entonaba esas canciones llenas de melodía que nuestros hombres de campo cantan con tanto sentimiento. Los mirlos gorjeaban entre las hojas de oro de los álamos; las ardillas dejaban oír su largo y ladino repiqueteo, como el de un timbre eléctrico; algunas mariposas amarillas, pintadas de negro, jugueteaban sobre los myrthos silvestres; un respetable toro y una vaca bermeja, copulaban mugiendo bajo los ardores del sol que caía á plomo; el aire soplaba cálido, oloroso á rosas, saturado de acres perfumes que penetraban á los pulmones ensanchándolos y esparciendo una vivífica alegría en el alma. Un grupo de mujeres vestidas con enaguas y sacos de colores vivísimos, rojo, morado, verde, amarillo, que lavaban su

ropa interior á la orilla del abrevadero, daba un indescribible encanto al paisaje, rompiendo y matizando la monotonía de los verdes, con sus notas chillantes y variadas. Reunidas en torno, inclinadas unas sobre la espumosa agua donde se bañaban dos ó tres chiquillos chacoteros y zafios, de pié otras con las cabelleras remojadas y sueltas, los mórbidos brazos desnudos, las faldas recogidas hasta más arriba de las rodillas, formaban una agrupación pintoresca digna de un genial colorista, y sus carcajadas sonoras, ingenuas, llenaban el almo lugarejo de paz y campestre dicha jamás apreciada, jamás sentida por las almas degeneradas y frívolas de la Ciudad. Sus senos duros, vastos, exuberantes como ricas y pulposas cidras, se exhibían sin falsos rubores, ostentando toda su materna opulencia en medio de aquella campiña bienhechora que engendraba cosas tan bellas y seres tan buenos.

Juan Ignacio que iba silbando distraídamente, reparó en ellas al atravesar el vado cuyas aguas se enturbiaron al ser removidas por los cascotes de las bestias y las ruedas del carromato. La arena y los guijarrs del fondo eran machacados produciendo un ruido seco y un sordo chapoteo que hizo volver la cara á lavanderas y bañadoras.

—¡Jesús, muchachas! Ya nos vió *encueradas* Juan Ignacio!

—¡Um!... á *giernas* horas se van tapando, cuando ya les *vide* las piernas,—exclamó éste en tono zumbón, guiñando un ojo.

—¡No seas grosero, Juanote!

—¡Le voy á avisar á Patrociniol

—¡*Cuela* de aquí, mirón!

—¡Si no te largas pronto, te echamos igual

—¡Parece que son vistas!

—¡Sinvergüenza!

—¡Curtido!

—¡Cara de *condochi neio!*

—¡Chamc!

Y Juan Ignacio seguía su camino, trepando por la pendiente á cuyos lados se alzaba la frondosa alameda señalada por Patrociniol; las mujeres lo acompañaron con sus sátiras burdas é inofensivas y sus agudos silbidos. El sonreía y de vez en tarde volvía el rostro hacia ellas llevando su mano al ojo derecho como si fuera un anteojo de larga vista.

—Ninguna de ellas es tan linda como mi *Patrociniol*—dijo en voz baja.

Los álamos y fresnos se entrelazaban sobre su cabeza, formando una bóveda espesa y odorífera de la cual pendían los racimos rojos de los *pirules*. Una torcaz se quejaba lastimosamente sobre su nido vacío cuyos huevos Juan había robado. Este la vió entre las ramas cárdenas de un breñal, al otro lado del barbecho, y se acordó entonces de la recomendación de su novia: “Dice el señor Cura que es pecado rebarse los nidos.” Aquel acento planídero le causó cierto remordimiento, y juró no volver á despojar más nidos; comprendió que verdaderamente aquella acción era cobarde y perversa. Luego llegó á la fuente de agua potable hasta donde, á la hora del crepúsculo, iban las muchachas á llenar sus cántaros. Esta se alzaba con sus dos pilares de ladrillos rojos, su desconchado arco de un blanco sucio, su carcomido carrillo á través del cual pendía la soga húmeda, medio podrida por la acción del tiempo, entre las anchas pencas de los nopales enlazados por intrincados tallos de enredaderas silvestres, retamas y *quiebra-platos*. Un mastuerzo rezagante cuyas vivísimas flores de amarillo cadmio manchadas de rojo parecían rutilantes broches, crecía al pié mismo de las derruidas canteras, plantado por la piadosa mano de la buena Patrociniol que lo había sembrado ahí para conmemorar su pri-

mera cita con Juan Ignacio; y ahora la planta estaba ya bastante crecida: llegaba hasta el arco enredándose á él amorosamente, sirviendo de albergue á moscas de oro y á plateados insectos.

Juan detúvose un momento para contemplarla y á los recuerdos que su vida evocaba, parecióle sentir aún en sus labios el escozor de aquel beso furtivo y apasionado, el ardor de aquellas carnes sanas y duras. ¿Cuándo poseería á aquella hermosa mujer que lo traía loco de pasión? Su amor la deseaba á toda hora, lo mismo en las de plácido sueño, que en las ardientes de mediodía. Cuando él, postrado sobre la gleba, abría, removía y fecundaba las entrañas de su terruño, de aquel tranquilo rinconcito donde su anciana madre y él vivían trabajando y bendiciendo al Dios de los pobres, pensaba también en su futura familia, en los hijos que le daría aquella prometida robusta, en aquella otra diosa de la fecundidad que deseaba tener siempre á su lado, verla siempre. Por ésto apresuróse á llegar para preparar todo lo prometido hacía poco y recibirla dignamente como convenía á una futura desposada. Además, comenzábase á sentir demasiado calor y Juan quería bañarse allá en la cola de la laguna, donde el agua era más profunda y fresca. Era su vicio. Desde niño había crecido ahí á los arrullos de las olas, entre el agua bendita que proporcionaba fecundo limo y alimento á su pequeña heredad. Amaba á la laguna con veneración; era como su hijo, como aquellas sardinas que jugueteaban entre sus aguas. Insuperable nadador dábales punto y raya á los guapos todos de la ranchería. Ninguno como él para atravesarla de orilla á orilla, ninguno como él para sacar los patos heridos por los cazadores, las monedas que el *amo* arrojaba el día de San Juan, ó para salvar á los imprudentes bañadores que se arrojaban en sus peligrosas ondas. Ella murmuraba para él sus más misteriosas canciones á la hora de la siesta ó durante

las claras noches de luna, cuando sentado al pié de sus juñcales pensaba en Dios pensando en Patrocinio y esparcía sus ojos en la inmensidad del firmamento constelado y en la de la bruñida superficie líquida. Así, en cuanto terminara sus que haceres, iríase á solazar entre sus ondas para que á la llegada de Patrocinio y su confidente amiga, le encontraran muy aseado y muy buen mozo.

Por fin llegó, penetrando al cortijo por un ancho sendero enarenado á cuyos lados rastreaban las sandías y las calabazas en flor. Aspirábase en aquellas caprichosas verdas el oxígeno puro, cargado de ricas emanaciones de serpol y espliego que brotaban en la florida huerta. Otras veces, durante el mes de marzo, los durazaos se cubrían de flores rosadas y se destacaban en el fondo verdi-negro, á srechos rocalloso, de los alcores erizados de magueyes y biznagas, como inmensos ramilletes que formaban una compacta masa al enlazar sus ramas con las blancas de los perales y manzanos. Ahora la época de la floración había pasado, y los benéficos arbustos ostentaban ya sus opimos frutos que remedaban grandes rubíes, diáfanos esmeraldas y esferas de oro. Bajo ellos, se extendían, fértiles canteros de zanahorias, con sus rizadas hojas de un verde ternísimo, que ondulaban como delicadas cabelleras; en otros crecían pequeños rábanos que asomaban á flor de tierra sus raíces de un carmín puro, y betabeles de erectos tallos purpúreos con sus hojas lustrosas de un verde serio; más allá se desarrrollaban las alcachofas cenicientas, semejantes á montones de hierba muerta, las coles frescas de troncos ásperos y hojas combadas, venosas, ornamentales, recias, que al ser arrancadas rechinaban como el cuero nuevo; y por todos lados aromaban los guisantes de olor, las habas y las rosas de Castilla, lucían los pensamientos sus corolas de un lúgubre violado, fulgían las sedefías amapolas, se cimbreaba

ban elegantemente las voluptuosas adormideras violáceas, blancas, multicolores, con sus melenas rizadas y blondas, simulando pomas de una hada coqueta y maravillosa. El agua del riego cruzaba los rumorosos maizales, atravesaba por una cañería bajo el cuartucho de las herramientas lleno de tronchos secos, de vainas de judías, de cortezas de frutas, de hojas mustias, de granos, de *olotes*, y corría después murmurando levemente entre los surcos, bajo la sombra de los altos álamos sobre los cuales cantaban los verdines—siempre acariciadora, dulce, incansable, fecundando los prados que eran el sostén de aquellos honrados labriegos. Juan Ignacio la amaba como á una hermana. A las veces deteníase á contemplarla con cariño vehemente, hundía su rostro sudoroso en ella, la acariciaba con sus manos encallecidas, y en aquel contacto había algo del beso, de un beso fraternal y espiritual, de un buz agradecido. En su cerebro pobre y rudimentario, germinaba el amor á las fuerzas ocultas é invisibles de la Naturaleza, y aunque él no las comprendía, las presentía, admiraba en ellas la omnipotencia de aquel Sér intangible, infinitamente sabio, infinitamente bueno, que derramaba en su corazón un sincero optimismo haciéndole amar la vida en lo que tiene de más bello, de más santo y de más útil. No se preocupaba por nada, no intentaba hurgar nada. Su espíritu vivía sereno, sumido en un piélago diáfano y tranquilo, turbado solamente por aquellas humillaciones que sufría del señor de la vecina hacienda, humillaciones que despertaban en su sangre la alivez de una raza oprimida, vejada, pasiva, que comenzaba á sentir ya el poder de su secreta fuerza. Pero estas cruzaban como relámpagos logrando apenas arrancarle un rugido de protesta que bien pronto era acallado por su naturaleza pacífica. Se conocía demasiado para dejarse llevar por su salvaje temperamento. Cuando los mozos de la aldea se mofaban de su falta de valor para

reprimir aquellas injustificadas agresiones de que era prudente víctima, se reía, despreciándolas, como un león seguro de ahogar á su enemigo á la hora que quisiera.

—Eres un gallina, Juan: el *amo* te tiene *agorzo*.....

—Dice que te ha de birlar á la novia.

—Y que ha de ser en tus barbas.

—Yo que tú no me dejaba.....

—Déjenlo: tiene miedo!

A todas aquellas cuchufletas, Juan Ignacio sonreía con bondad, daba media vuelta y se alejaba con desdén, murmurando para sus adentros misteriosamente: “¿Pa qué?..... Me haría infeliz toda la vida y *ella* se casaría con otro.....”

En el centro del huerto se levantaba su humilde cabanía de adobe, con su techo de tablas y paja, compuesta únicamente de dos piezas y una cocinita que humeaba esparciendo sus azuladas volutas sobre las frondosas copas de los morales. Las gallinas y cerdos vagaban libremente durante el día; y por la noche, aquellas dormían en las ramas de un añoso mezquite, y éstos al pié del tronco, no siendo raro que alguna rapaz lechuza ó algún ladrón zorrillo, cebara en las boruquientas aves de corral su nocturna gastronomía. Pero Juan Ignacio poseía una respetable escopeta de chimenea que ya había dado buena cuenta de los voraces pajarracos y de los nocivos carnívoros, dos de cuyos ejemplares se veían crucificados, para escarmiento de los demás, á las puertas de la choza, con lo que dicho se está que tales desmanes habían disminuido por manera notable. Asimismo, el tresalbo rocinante de Juan vagaba maniatado por las cercanías, tras el vallado, en los pastales que se extendían más allá de los alfalfaes; muy de tarde en tarde se oían sus broncos relinchos, y á lo lejos pedía verse su escuálida figura, su actitud filosófica, su costillar roñoso y cubierto de lobanillos, sus ancas huesosas, peludas piernas y su indispensable corte de zanates que

cabalgaba sobre su aguda espina dorsal lacerada y desprovista de pelo.

Arriba, á través de hojas y ramas, se admiraba la irreprochable limpieza del cielo que en aquel día, víspera de San Juan, aparecía bello y espléndido. Al mancebo le pareció que el casto Apóstol se ocupaba de lavarlos mejor con sus guedejas rubias como los trigales.

Siná Ursula, la viejecita madre del hortelano, esperaba á éste sentada al pié del álamo grande, el árbol más viejo del cortijo, que según se decía, había sido plantado por su bisabuelo, un valiente guerrillero que murió "cuando la Reforma." Así, encervada, en cucullas, con los pobres vestidos cubriendo su cuerpo exangüe, con su rostro rugoso y pálido, sus ojos bizcos, su pelo blanco y sus anteojos negros, parecía una de esas bienhechoras hadas que disfrazadas de mendigas, esperan á los niños pobres y buenos á la entrada de los umbrosos bosques solitarios. Hablaba sola, se mojaba la punta de los dedos para enhebrar mejor su aguja y surcía unos pantalones de su hijo, trabajosamente, con sus manos pellejudas y temblorosas, salpicadas de pecas. Frente á ella se hinchaba un pavo común muy orondo, muy severo, muy fachendoso; y arriba, entre el follaje, picoteaba un *carpintero* y reñían dos gorriones desprendiendo ramitas y brotes que caían en menuda lluvia como digna ofrenda á la rústica anciana. Esta era un poco sorda y no escuchó el ruido del carromato; hasta que su conductor gritó:—"¡Eh! madre, ya vine del rancho!" sonrió á su hijo.

—¡Dios te bendiga, Juanuch!—gritó chocheando.

El muchacho fué á desuncir las mulas, las *mancornó* como él decía, y las dió libertad mientras se iba por un canasto al cuarto de las herramientas. Cuando regresó la preguntó á su madre:

—Estás *guena*?

—Sí, hijo, sí. El dolor de anoche ya se me quitó, á Dios gracias, Pero *pa* qué *quieres* canasta *orita*, hombre de Dios?.....

—¡Ah, madre! es que á la tarde viene *Patrocinia* con Gertrudis, y yo le dije que le iba á tener una canasta de moras, betabeles y duraznos. Voy á *cortalos*, eh? Mientras, *echa las gordas* y prepara tantito *jocoqui*, que *tamién* se los he ofrecido.

Con el dorso de la mano derecha se limpió el sudor que manaba de su frente y agregó:

—¡Ah! se me olvidaba *dicirte* que *Patrocinia* *quere* que le digas cómo se hace la jalea de perones.

—¡Um, qué *Patrocinio*! *Pos* qué ya te *contentates* con ella, *candingas*?

—Sí, madre, sí: ya hicimos las paces. Lo que yo te decía: eran puras habladas de la vieja *Piñuquina*.

—Más vale que sea así. Anda pues á cortar eso y vente pronto *pa* que me ayudes á regar y á barrer aquí, que está todo del asco.

Se levantó apoyada en su bordón y fué á buscar su escoba: era una viejecita á quien le gustaba tener todo en regla; y como *Patrocinio* era su consentida y al fin había de ser su hija, la quería de veras, le rogaba á Dios todas las noches que el *amo* no fuera á hacer una de las *soyas*.

Juan Ignacio cortó las más dulces moras, los mejores duraznos y los betabeles más grandes llenando con ellos el canasto. Después hizo un ramillete de rosas y pensamientos que ató con un flexible tallo acuático, y lo arrojó á la acequia para que no se marchitara. Pero antes de asear la plazoleta se fué á la orilla de la laguna donde tomó el baño que le ponía *buen mozo*, según su propio dicho, y allá volvió á sentir aquella insólita angustia en su corazón: le pareció que alguien le cogía de un pié y que intentaba atraerle al fondo, hundirle, sepultarle en el fangoso abis-

mo, bajo aquellas aguas turbias y frías. Sintió que unas uñas se clavaban en sus piernas; pero imprimió un vigoroso movimiento á su cuerpo, y logró desasirse de aquello que á él le había parecido una garra, algo como una *mano desesperada y convulsa*.

—¡*Jijo!*—exclamó ya en la orilla, ¡Buen susto me han dao esas hierbas!

Se miraba la pierna herida por unas zarzas que sin duda había arrastrado la corriente depositándolas en el fondo. Sin embargo, la sensación había sido muy extraña; él había jurado que era una *mano* y no una planta espinosa la que se aferrara á su pié. Quedóse preocupado, sintiendo aquel malestar indefinible que por lo raro le llamaba la atención; y se rascaba la cabeza con su movimiento acostumbrado, no acertando á explicarse aquello.

—¡*Jijo!*..... ¿por qué sería?

Pero poco á poco se vió más tranquilo, se vistió y echó á andar hacia la casa donde ya su madre le esperaba para el barrido.

—¡Cómo te has *tardao*, hombre de Dios! ¿*Pos* qué hacías?

—¿No miras que me *jutí* á bañar?

—¡He, he, miren, miren al *remilgao!*

La anciana pegó varias veces con su bordón en el suelo, y mientras ella llenaba la abollada y mohosa regadera en el arroyuelo cubierto de algas y hojas secas, Juan Ignacio bairía alegremente con su escoba de ramas, ya del todo repuesto de su pasada impresión, pensando en que todo aquello olería á *tierrita mojada* cuando llegara su *Patrocinio*.

Una gallina pinta, la más ponedora, cacareando escandalosamente, y las demás, en unión del gallo *búlique*, la hacían coro.

—A ver, *madrecita*, *usté* ya no puede trabajar: déjeme *ái* la regadera: *croque* ya puso la “*Chanfaina*.”

El sol *cafa* á torrentes, un sol ardoroso de Junio que hacía vaporizar la tierra húmeda. Las golondrinas cruzaban el espacio piando locuazmente; los saúcos enanos despedían un embriagante perfume que casi asfixiaba; los cerdos perezosos dormitaban bajo el carromato, entre el estiércol caliente; una salta-pared dejaba oír su risita melodiosa en los bardales á cuya sombra descansaba el famélico penco; rojísimos *cardenales* se posaban en las ramas de los membrillos ó en la punta de los arbustos secos; las cigarras también chillaban cabe la hierba cuajada de silvestres florecillas; los salta-montes verdes, brincaban de aquí para allá; níveas nubes se acumulaban en los lejanos picachos de la sierra, reflejando sus impolutos armiños en la superficie líquida de la extensa laguna; los patos silvestres se espulgaban á la orilla del estanque ó se zambullían, nadando entre dos aguas; un halcón aleteaba grácilmente, sin avanzar ni retroceder, suspendido en el aire y lanzando su rápido “*cri, cri, cri,*” y de todo aquel paraje brotaba como un himno de bendición y de gratitud.

Juan Ignacio quiso regarlo todo, desde la entrada hasta la fuente. Quería que su amada entrara de una manera triunfal, y hasta tuvo el poético capricho de deshojar muchas rosas de Castilla en el sendero que olía deliciosamente. Los pájaros, como si secundaran sus afanes y comprendieran sus intenciones, gorjeaban galantemente entre los breñales de la tupida nopalera. El tenía razón al decirlo: “.....no ves que cuando tú vas hasta parece que cantan más bonito los *cuillacochois*, y las rosas de Castilla *güelen* á puro cielo?”

De tal modo se ensanchaba su espíritu ante aquel prestigio del campo, que se puso á cantar alegremente una danza que le había enseñado Don Luis, el hijo del Presi-

dente Municipal que á las veces iba por ahí á cazar patos y alondras. Su afinada voz de inculdo barítono resonaba ahora romántica y tierna bajo la soledad de las arboledas rumorosas:

“Morena del alma mía
si tú supieras lo que es amor....”

Completaba la sentida cuarteta entusiasmado, inspirado, declamando como un cómico ante un espejo. La imágen de su preciosa novia volvía á aparecérselle con su negra cabellera adornada por las regias amapolas que él la llevara, con sus húmedos ojazos fogosos y negros, su boca roja como la flor del nopal, sus mejillas cubiertas de leve pelusilla como los duraznos de la huerta, su cuello esbelto á la manera de los lírios, sus senos desarrolladísimos, erectísimos y ricos, su airado talle naturalmente delicado, sin las deformaciones del corsé, sus caderas amplias, mórbidas, de hembra sana y fecunda, y sus piés breves, aquellos piés adorados por Juan y que muchas señoritas empingorotadas de la Villa envidiarían, piés que muy pronto iban á hollar como digna alfombra, los pétalos que él acababa de esparcir.

Avanzaba hacia el recodo, regando y pensando:

—“Todavía faltará una hora *pa* que vengan....” Luego reanudó su canción:

“Yo te amo con amor ardiente....”

Siguió cantando, accionando como si estuviera frente á ella, cuando resonó tras de los árboles una doble carcajada que le hizo estremecer.

—¡Jál ¡jál! ¡jál ¡jál! ¡Qué susto te hemos dado, Juanillo! Sigue, sigue. ¿A quién le cantabas? ¿Verdad que no nos esperabas tan temprano?.....

El enamorado visionario se volvió azorado, rojo de vergüenza porque las p'caras muchachas le habían sorprendido en flagrante delito de pasión.

Entonces Patrocinio y Gertrudis que iban muy emperifolladas con sus trajes lila pálido, sus rebozos nnevos, sus delantales blanquísimos, sus collares de corales y cuentas de vidrio, sus grandes arracadas y sus zapatos de raso turco, salieron de entre los corpulentos troncos haciendo *cru gir* las hojas secas y riéndose todavía.

Juan Ignacio, ya más repuesto de la sorpresa, adelantóse hacia ellas diciendo:

—¡*Jijó!* *Pos deveritus* que me madrugaron. ¡Ah qué ustedes!

Yo las esperaba hasta las tres.... Yo me dije, dije: —“*lo que* esas no se asolean.” Y *ái* nomás que van llegando, ¡qué *demonchis!* ni las sentí *siquera*: era de que hubiera *bido* los pasos, *¿everdá?*”

—Sí, pero tú verás, Juan Ignacio: nos *venimos* antes porque ésta no quiere que la vea el *niño* Carlos; como acaba de llegar....

Gertrudis dijo estas palabras con aije quejumbroso, y Juan al oír el odiado nombre de su rival, sintió un pasajero vértigo, se puso furioso, y apretando los pesados puños y rechinando los dientes, exclamó:

—Pero *pa* qué diablos vendría *ora* ese *curro* *desgraciao?*”

—No sé, Juan,—contestó confusa Patrocinio. No te enojés. ¿Qué nos importa él? Ya sabes que nomás soy tuya, tuya....

Le imprimió un dulce beso en la frente y le cogió del brazo.—Vamos, hombre,—añadió. ¿No te gusta que mejor me haya venido?

Juan Ignacio recordaba en aquellos momentos el pañuelo chocante de Carlos y resplandió distraído:

—Sí... sí... vámonos *de gilo*. Yo tampoco *quero* en contrarme con ese...

Gertrudis le tomó del otro brazo y el grupo se dirigió á la huerta.

—¡Ah! qué bonito huele! ¿verdad, Gertrudis?—dijo Patrocinio contemplando las rosas que tapizaban el camino é inclinándose para recoger una que colocó entre sus trenzas de azabache.

Juan, que por bueno olvidaba pronto sus cóleras, sonrió satisfecho. Siempre le pasaba lo mismo: al lado de Patrocinio sentíase completamente dichoso, con dicho sin nubes.

—¡Je! *Pos* las regué *pa* tí, morenal! ¿Te cuadran?

—Cómo no, Juanillo. Ya sabes que las rosas son todo mi querer.

—*Ora* las verás... *ora* las verás..... ¡Mira! están los rosales *tamañotes ansina!*....

—¡Ay qué gusto! ¿Y nos haces coronas?

—Lo que tú *queras*, *Patrocinia chula*; tú aquí eres la reina.

Juan esperaba *algo*. Fingía contento, pero estaba en realidad inquieto, molestad por una vaga obsesión que á pesar suyo le brotaba de los labios.

—¿Me emprestas tu *pañó*, Gertrudis? Tengo una *moquera*....

—Toma mejor el mío —ofreció Patrocinio.

—No, déjalo, si nomas quería sonarme..... Este está *güeno*. ¿*Pa* qué te ensucio el tuyo que está blanco y limpio como el de...

—De quién?....

—De..... de..... de mi *máma*.

Aquello de la *moquera* se le había ocurrido de pronto; era una mentira. Ya cuando reflexionó había pedido el pañuelo sin necesitarlo. Fingió limpiarse y lo devolvió á tu dueña, íntegro.

—No dices que tienes catarro?—preguntó ésta mientras lo examinaba.

—No, yo no he dicho nada.....

Patrocinio y Gertrudis se miraron en silencio sin que él lo notara. El tuvo un momento de pasajera tristeza y pensó lo que ya otras veces pensara: “*Pa* qué?.....”

—Para que qué?—interrogó ansiosa Patrocinio.

El se asustó. Había expresado en voz alta lo que creía haber dicho mentilmente.

—Tú no estás bien, Juan; algo te preocupa. ¿Estás enfermo?

—No, *mialma* sino que..... No me hagas caso, No tengo nada..... Mira; ya *estoy* contento,—dijo volviendo el rostro hacia el rancho.

Entraron á la propiedad.

Los pájaros seguían trinando bulliciosamente. Algunas nubes interrumpían con frecuencia la luz del sol esparciendo una agradable sombra en aquella tierra caldeada. La tarde se presentaba tibia, nublada, propicia para un agradable paseo. Una fresca brisa movía tranquilamente las frondas llevando soplos aromados que las doncellas aspiraban con visible deleite.

Patrocinio recordó las palabras del mozo y oprimió con fuerza su brazo.

—¡Cuánto pájaro y cuántas rosas tienes en tu casa, Juanillo!—le dijo mirándole amorosamente.

El no halló qué contestar, pero la contempló también como diciéndola: “Todo ésto es tuyo.”

Al ruido que produjeron ya cerca de la choza, bajo los duraznos que les arañaban los rostros con la punta de sus ramas, salió á recibirlas la excelente anciana.

—¡Buenas tardes, *siñá* Ursula, buenas tardes le dé Dios!—gritaron en dúo Patrocinio y Gertrudis, abrazando cariñosamente á la señora.